

Alimento de los mejicanos en los primeros años de haber fundado Méjico. Asombra la resignacion y la constancia con que aquel pueblo se resolvía á sufrir las penalidades de todo género y la miseria mas espantosa, en medio de un rudo trabajo y de una islita miserable, por conservar su libertad preciada. La isla carecia de los alimentos mas indispensables á la vida; y los mejicanos, para sustentarse, se vieron precisados á hacer alimenticios aun los objetos que mas repugnantes les hubieran parecido en circunstancias menos afflictivas. Acosados por el hambre y la necesidad, se vieron obligados á sustentarse con todo lo que encontraban en las aguas del lago, y en los yerbajos próximos á la orilla. Sobreponiéndose al temor de contraer penosas enfermedades por la mala calidad de los alimentos, comian, no solo las raíces de las ásperas plantas acuáticas, sino los moscos, los huevecillos que éstos ponian en cantidad prodigiosa sobre los juncos de la laguna, las culebras, el *atetepitz*, el *atopinan*, diversidad de animalillos, varios insectos palustres, las hormigas y el *axolotl*, llamado *ajolote*, que se cria en el fango de los pantanos (1). La cantidad de moscos llamados *axayacatl* que se extendian por el lago era fabulosa, y los mejicanos inventaron la manera de cogerlos con la mayor facilidad y en número prodigioso. Con este insecto, que recogian á millones, lograban, no solo alimentarse ellos, sino alimentar

(1) El *axolotl*, ó *ajolote* como lo llamaron los españoles, adulterando el nombre, es un lagarto pequeño, acuático, de ocho pulgadas de largo, que se cria en la laguna de Méjico y en el fango de las acequias. Su figura es repugnante; su piel, blanda y negra; larga la cabeza; grande la boca; larga la cola; y corta, ancha y cartilaginosa la lengua. Desde la mitad del cuerpo hasta la extremidad de la cola, va estrechándose; sus piés, que son cuatro, y con los cuales nada, se asemejan á los de la rana. La carne del *axolotl* es blanca, y su sabor muy pare-

tambien diversidad de pájaros y vender una gran cantidad en el mercado. Para hacer menos desagradable aquel alimento, amasaban los moscos, y formando una pasta, hacian redondos panecillos que, colocados en hojas de alguna planta, los cocian en agua con sal. Cuando, mas tarde, pudieron sembrar el maíz, los panecillos los ponian en las hojas de esta benéfica planta que ha llegado á ser la mas necesaria para los pueblos del Anáhuac. Obligados por la imperiosa necesidad, no sacaban menos provecho de los huevecillos que los mismos moscos depositaban á millares en los juncos y yerbas del lago. Queriendo utilizarlos como utilizaban los insectos, hacian una especie de albóndiga ó torta llamada *ahuauhtli*, que aun forma parte del alimento de los indigenas de los pueblecillos próximos á Méjico, situados al borde del canal y de la laguna. Entre las cosas que no se puede concebir cómo se resolvieron á tomarla por alimento, se encontraba una sustancia fangosa, llamada *tecuiltlall*, esto es, excremento de piedra, que nadaba en la superficie del lago. Pero el hambre da osadía para probarlo todo, y los mejicanos sacaron de aquella sustancia un provecho inapreciable. Ingeniosos y entendidos, la ponian al sol hasta que llegase á quedar perfectamente seca; le daban una forma redonda, y la conservaban para comerla, á manera de queso, al cual se parecia algo en el sabor.

Los mejicanos llegaron á acostumbrarse de tal manera á estos miserables alimentos durante los muchos años de pe-

cido al de la anguila. En Méjico se hace algun consumo de este pez, pues parece que es un alimento muy bueno para los enfermos, especialmente para los de tisis.

nalidades que sufrieron, que siguieron haciendo uso de ellos hasta en su mayor prosperidad.

Pero todo lo admitian con gusto en cambio de mantener su libertad. Puesto el pensamiento en la esperanza de que con la abnegacion y el trabajo llegarían á conseguir el bienestar social, se dedicaron á la pesca de un pez que, aunque pequeño, es de agradable sabor, llamado blanco; á la de otros muchos menores, conocidos con el nombre de amarillitos; pesca que, unida á la caza de diversas aves acuáticas y á los objetos y sustancias antes referidos, les proporcionó un activo y productivo comercio con las tribus próximas á la laguna, que les daban en cambio maíz, frijol, y cuanto les era necesario.

Provistos, merced á su asiduo trabajo, de piedra, de madera y de otros materiales de construccion, hicieron sólidas estacadas, sobre las cuales edificaron pobres y humildes edificios sí, pero agradables y pintorescos, que formaban calles rectas y animadas, por donde transitaba, en ligeras canoas, la trabajadora multitud, así como por los multiplicados puentes hechos de cañas y de juncos que cruzaban de una á otra orilla de la calle.

Chinampas ó jardines flotantes: modo de formarlas. Las dificultades mas grandes llegaron á ser vencidas por la industria y el ingenio. Pero en donde estas dos cualidades de los mejicanos brillaron de una manera marcada, fué en la feliz concepción de formar graciosos huertos flotantes sobre el agua. Careciendo de tierras de labranza, pues á su derredor no tenían mas que las ondas de la espaciosa laguna, idearon la manera de construir nadantes sementeras sobre el líquido elemento donde pudiesen cultivar toda clase de

hortalizas y de frutas. El ingenio, aguijoneado por la necesidad, realizó bien pronto el pensamiento felizmente concebido, y la apacible laguna se vió poco tiempo despues sustentando sobre sus durmientes aguas los flotantes huertos, llamados *chinampas* que, manteniéndose á flote sobre la blanda superficie, eran llevados de un sitio á otro de la laguna, á merced del industrioso cultivador. Formaban estos huertos, uniendo estrechamente maderas fofas y esponjosas con que lograban hacer una balsa que reunia las condiciones de resistente y ligera. Esta balsa iba entrelazada con tejidos de mimbres, cañas verdes y flexibles, y de raíces de varias plantas palustres ó de otras yerbas acuáticas ligeras, pero suficientemente fuertes para mantener la tierra del huerto perfectamente unida. Sobre esta base, cuyo conjunto venia á resultar una balsa herbosa, ligera y consistente, colocaban ligeros céspedes de los mismos que flotaban en la laguna, y encima de todo ponian el fango que sacaban del fondo del agua. La forma de estos huertos era cuadrilonga; las dimensiones de ellos, diversas; pero generalmente tenían veinte varas de largo, siete de ancho y poco mas de una tercia de elevacion sobre la superficie del agua, que, manteniéndose á flote, sobre el lago, remedaban islas encantadas que resbalaban sobre las ondas, obedientes al mágico poder de las hadas, para situarse á voluntad de su misterioso deseo.

En estas campiñas flotantes ó *chinampas*, creacion de un claro ingenio inspirado por la necesidad y el patriotismo, que aun forman en las cercanías de Méjico la fortuna de los indios; en estos huertos poéticos y vistosos que fueron los primeros campos que en medio de las aguas apa-

recieron como pensiles graciosos y rientes, cultivaban los mejicanos el maíz, el pimiento y otras muchas plantas y semillas para su sustento.

1338. Trece años llevaban de aquella vida de privaciones que, aunque lentamente, iban desapareciendo por fortuna. Hasta entonces, á pesar de las discordias que de continuo se suscitaban entre los dos bandos en que estaban divididos desde el encuentro de los dos envoltorios de que ya nos hemos ocupado, se mantuvieron unidos para ser fuertes; pero, cuando se creyó cada partido capaz de formar por sí solo un reino, los odios que se habian transmitido de padres á hijos se dejaron ver con mas fuerza, y uno de los bandos, mirando como insoportable la presencia del otro, se resolvió á separarse, buscando terreno en otro punto. Pronto puso en planta su pensamiento; pero temiendo que si se alejaba mucho le privase de la libertad alguno de los señores de los Estados vecinos, se dirigió hácia el norte, y se instaló en una islita próxima.

Los que abrazaron el partido de separarse, fueron aquellos que, segun el moral epílogo que hemos referido ya, habian encontrado la piedra preciosa: los que continuaron en Méjico, eran los que recogieron los dos leños.

La islita elegida por los que se habian separado era pobre como todas las que se encontraban en la laguna, y pertenecia, lo mismo que el sitio en que se levantó Méjico, al rey de Azcapozalco.

Los separatistas solicitaron del monarca tepaneca el permiso de habitar el punto que tenian dispuesto poblar; y conseguida la licencia, en cambio de reconocerse tribu-

tarios de la corona de Azcapozalco, se dirigieron á tomar posesion del sitio que anhelaban. Al tomar posesion de su nuevo recinto, se encontraron un gran monton de arena en medio de la isla, por lo cual la pusieron por nombre *Xaltitlolo*.

Acostumbrados á las privaciones y al trabajo, se entregaron inmediatamente á éste y sufrieron aquéllas, con la esperanza de hacer productivo el reducido sitio que pisaban. Su primera diligencia fué el construir un terraplen, y conseguido su objeto al poco tiempo, cambiaron el nombre de la isla, llamándola desde entonces *Tlatelolco*, nombre que conserva hasta nuestros dias.

Desde el momento que se operó la separacion de los dos bandos, se llamaron los que se establecieron en Tlatelolco, *tlatelolcos*, y los que continuaron en Tenochtitlan, *tenochchi*. Sin embargo, nosotros, siguiendo la costumbre observada por los demás historiadores, continuaremos llamándoles mejicanos á los segundos.

Nombres de los cuatro cuarteles en que se dividió Méjico y cuya division existe hasta el dia. Mientras los *tlatelolcos* se esforzaban en proporcionar á la nueva poblacion lo muy preciso á la vida, los mejicanos continuaban construyendo casas y templos, puentes y canoas por todas partes, y aumentaban notablemente los recursos de bienestar. Viendo que la poblacion habia tomado creces notables, dividieron la ciudad para mejorar la administracion de ella, en cuatro cuarteles, á cada uno de los cuales asignaron su divinidad protectora, sin perjuicio del mayor de sus dioses *Huitzilopochtli*, que era la deidad suprema de la nacion. Los cuatro cuarteles en que dividieron la ciudad son los mismos que

se conservan hasta el día con los nombres de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa María, y que entonces se llamaron, siguiendo el mismo orden, *Teopan* y *Xochimilca* el primero; *Aztacoalco* el segundo; *Moyotla* el tercero, y *Cuepopan* y *Tlaquechiuchcan* el cuarto.

Con proporciones mas agradables y con materiales menos frágiles y toscos que al principio, se levantaba en el centro de los cuatro cuarteles el templo del dios *Huitzilopochtli*, cada vez mas reverenciado, recibiendo cada día mayor culto de la nacion entera, que atribuia su prosperidad á la proteccion del ídolo por ella divinizado.

El engrandecimiento progresivo y rápido de los mejicanos; la belleza que habian sabido imprimir á una ciudad edificada sobre el agua; el ingenio y el valor que desplegaban en todas sus empresas, les conquistó una alta reputacion entre todas las naciones vecinas.

Los mejicanos piden al rey de Colhuacan una de sus hijas para hacerla madre de su dios. Atribuyendo á su dios *Huitzilopochtli*, como he dicho anteriormente, la situacion brillante á que habian conseguido llegar, dispusieron manifestarle su gratitud con un acto que juzgaron alcanzaria todo el beneplácito de su falsa divinidad. Halagados por la idea que habian concebido, se apresuraron á enviar una embajada al rey de Colhuacan, solicitando se dignase concederles alguna de sus hijas para consagrarla madre de la deidad protectora que les habia concedido los notables bienes de que en aquel momento disfrutaban. Los embajadores, despues de ponderar los nobles atributos de que juzgaban adornado al dios que respetaban, manifestaron que la solicitud partia de la misma divinidad bienhechora, que

les habia enviado para que le expresasen que era voluntad suya exaltarla al distinguido honor de hacerla madre suya.

El soberano colhua entrega á los embajadores mejicanos una de sus hijas. El rey de Colhuacan, deseando atraerse la estimacion de los mejicanos, borrar la memoria de la indigna conducta observada por el régulo Coxcox cuando les redujo á la esclavitud, y sobre todo, deslumbrado por la gloria que le estaba reservada de ver á su hija deificada, contestó manifestando que obsequiaba la solicitud con la mas profunda alegría. Satisfecho de la honra que recibia, corrió á comunicar la nueva á la mas hermosa de sus hijas, quien, llena de júbilo por la suprema dignidad á que la elevaba un dios, se dirigió, acompañada de los embajadores y reverenciada por éstos, á la animada ciudad de Méjico.

El rey de Colhuacan quedó en su corte, despues de haber ofrecido que asistiria al apoteosis de su hija el día destinado para la gloriosa fiesta.

Los mejicanos recibieron á la hermosa jóven que debia ocupar el distinguido puesto correspondiente á la madre de su divinidad protectora, con las demostraciones de la mas alta satisfaccion y respeto.

Sacrificio ejecutado en la hija del rey de Colhuacan para deificarla. Los sacerdotes, mirándola como una futura diosa, la condujeron á un templo donde le prodigaron todos los respetos de una deidad celeste. La jóven recibia los honores que se le tributaban, como mandatos del dios que la recibia por madre, gozándose en la gloria que le esperaba. Pasados los primeros instantes, los sacerdotes entregaron la jóven á otros que se acercaron á ella con respeto; la tendieron sobre una ancha losa, la sujetaron, y observando siempre

con ella las mismas consideraciones, la sacrificaron; despojaron al cadáver de la piel, y se dispuso que con ésta se vistiese uno de los jóvenes que mas se hubiese distinguido por su valor en la nacion.

El rey de Colhuacan estaba muy lejos de creer que su hija habia sido destinada al sacrificio, y esperaba con impaciencia el dia en que se celebrase el apoteosis que la elevase en vida á la categoría de los dioses.

El momento anhelado llegó: el rey recibió la invitacion para que asistiese á la religiosa ceremonia, y marchó á Méjico con los principales personajes de su corte.

El rey de Colhuacan fué introducido en el santuario, donde reinaba el silencio mas profundo. En aquel recinto se debia celebrar la notable funcion, y él estaba nombrado para ser uno de los adoradores de la nueva deidad.

El santuario se hallaba envuelto en tinieblas, como correspondia para el recogimiento y la solemnidad del acto, y en medio de la oscuridad que reinaba, solo se acertaban á descubrir dos figuras, aunque sin distinguirlas: la de *Huitzilopochtli*, y otra que estaba á su izquierda, pero próxima á ella.

Los sacerdotes se acercaron al rey de Colhuacan, le pusieron un incensario en la mano con un poco de copal, le acercaron al sitio en que estaban las dos divinidades y le ordenaron que las incensase para dar principio á la ceremonia religiosa.

El soberano, lleno de respeto, y fijos los ojos en los dos objetos que aun no distinguia, empezó á incensar. De repente, á favor de la llama que producía el copal, creyó reconocer á uno de aquellos dos bultos que incensaba; vuel-

ve á despedir su luz el copal; clava entonces la vista en lo que le sorprende; ve al jóven guerrero cubierto con la piel que reconoce ser la de su hija; da un grito espantoso; deja caer el incensario de su mano, y sobrecogido de terror y de espanto, salió corriendo á la calle trastornada la razon por el dolor, ordenando á los suyos la venganza por el bárbaro atentado que se habia cometido contra su hija querida.

Pero la venganza era imposible. Se hallaba en una ciudad populosa donde la multitud se hubiera arrojado sobre ellos, y el rey de Colhuacan abandonó la ciudad y se dirigió á su reino, prensado el pecho por el dolor y llorando la horrible muerte del sér querido de su corazon.

La jóven que, como su padre, no imaginó jamás que la solicitasen para el trágico fin que tuvo, fué creada diosa; y no solo fué venerada como madre de *Huitzilopochtli*, sino tambien como de todos los demás dioses, pues esto significa *Teteoinan*, que es el nombre que la pusieron, y con el cual fué conocida y reverenciada en lo sucesivo.

La idea de un Sér Supremo es innata en el hombre, quien en todos tiempos ha procurado manifestarle con ofrendas su amor y su gratitud. Por eso lo temible era, en los que desconocian la mansedumbre de un dios todo caridad, equivocarse en la ofrenda que pudiera serle grata. Los mejicanos, que juzgaban que nada era mas aceptable para su dios que la sangre de los seres humanos vertida en sus altares, se apresuraban á complacerle; y por eso la celebracion de los hechos mas notables, la marcaban con las sangrientas escenas de personas sacrificadas á su falsa divinidad. Los triunfos, la ereccion de sus tem-